

dre, *La virtud y la belleza*; Manuela Verna con *Hoja seca y Flor marchita*; Isabel Prieto de Landázuri con *El Angel y El Niño, La Abuela, Una noche, A Victor Hugo*, y sus traducciones del gran poeta francés, por este mismo celebradas y aplaudidas cuando años después la misma poetisa las presentó en París al insigne autor de los originales.

La llegada de esta eminente poetisa á México fué una gran fiesta para la bohemia literaria de la Capital, que presidida por el Maestro fué en cuerpo á visitarla el domingo 5 de Setiembre de 1869, fecha inolvidable para el autor de este libro. Hé aquí cómo Altamirano habló de ello en su Crónica del 11 de ese mes: "Hace ya cerca de una semana que llegó á México la distinguida poetisa jalisciense D^a Isabel Prieto de Landázuri, acompañando á su esposo el Sr. D. Pedro Landázuri, que viene á tomar asiento en el Congreso general. Tal noticia causó el mayor placer á sus admiradores y amigos, porque Isabel es una de esas joyas raras que se honra un país en poseer. El domingo, un grupo de escritores y literatos, entre los que tuvimos el honor de contarnos, se dirigió á la Ribera de San Cosme, donde está el alojamiento de la ilustre dama, y fué á darle la bienvenida y á ofrecerle los homenajes debidos á su talento y su nombre. Isabel nos recibió con exquisita finura y amabilidad, y los que no la conocían quedaron encantados al ver que no habíamos exagerado al asegurarles que la modestia de la poetisa rayaba en humildad, lo cual es una virtud más que resplandece en la guirnalda que ciñe su inspirada frente."

Verdadero repertorio de la literatura de esos días, *El Renacimiento* registra los nombres de los más distinguidos escritores mexicanos al pie de bellos artículos en prosa ó de inspiradas composiciones en verso. De Gonzalo Esteva están allí sus pequeñas novelas *Amor que mata, Elena, María Ana, y Angela*; sus artículos descriptivos de Alemania, Bélgica y Jalapa; sus composiciones *Tú y Yo, Melancolía, Angela y La Conversión de Omar*. Su hermano Roberto contribuyó con su novela *Una pasión italiana* y sus poemas *La flor y la mariposa y Elegía*. José T. de Cuéllar con sus descripciones de *El Real de Catorce, Santa María del Río, Ojocaliente y Guanajuato*, y sus composiciones satíricas *El Pollo y la Polla tempraneros*, Manuel Flores con su *Jamás*, imitado de Campoamor, *Mis sombras, Despierta, Un beso y Adiós á Jalapa*. D. Manuel Orozco y Berra dió para el *Renacimiento* sus valiosos artículos sobre la *Acuñaación en México*, y su curioso catálogo de *Conquistadores de México*.

De Luis Gonzaga Ortiz, el príncipe de los poetas eróticos mexicanos, el ameno y entretenidísimo cronista, el buen amigo y el fino caballero, se incluyen allí artículos descriptivos tan galanos como el de *Tivoli*, y poemas tan tiernos, tan dulces, tan populares entre las da-

mas y los enamorados como un *Adiós, Mi deseo, Balada, Una gota, Isabel* y su bellísima traducción de la *Primera Egloga*, de Virgilio. El Dr. Manuel Peredo, maestro en el manejo del idioma, correcto como los más eximios prosistas españoles, ilustrado y sereno crítico, también dejó en *El Renacimiento* insuperable ejemplo de cómo deben escribirse las revistas de teatro y juzgarse el mérito de los autores dramáticos y encaminarse por recto sendero el gusto público. Entre sus trabajos poéticos allí publicados, brillan con los fulgores del genio, su traducción de *La Pasión de Jesucristo*, de Metastasio, la magnífica de un fragmento del Canto XXXIII de *El Infierno* del Dante, sus odas *A la noche y A la gratitud* y su sátira *El Can-cán*.

Francisco Pimentel, acredita sus vastos estudios y profundos conocimientos con su *Biografía de Sor Juana*, y su *Descripción sinóptica de algunos idiomas indígenas de la República*: lo mismo debe decirse del ameritadísimo Ignacio Ramírez con sus *Estudios sobre Literatura*, insertos en las páginas del notable semanario.

De Justo Sierra, el poeta magnífico y grandilocuente orador y escritor en prosa, figuran allí sus bellos artículos *Cristal de Bohemia, Vigilia, Gólgota, La Cascada de Tizapam, Lamartine, La Sirena, Castelar y Un episodio de la historia de los Reyes Católicos*: de su digno y malogrado hermano Santiago, cuya pérdida nunca será bastante lamentada por sus amigos y por las letras, se leen en *El Renacimiento* sus artículos *La caza del tigre, No me olvides, Sirio y las Pirámides de Egipto*, y los poemas, *El rey de los duendes, Oda á la Paz, Violetas, La flor de la inocencia y Libro del alma*.

José María Roa Bárcena adorna algunas páginas con un meditado estudio y juicio crítico de las poesías de Casimiro del Collado, y sus composiciones *Duelo doméstico, Graziella, Paisaje*, y sus primorosos sonetos, *A un arroyo, La lluvia, Un árbol*, y alguna otra escogida perla de su talento reservado y simpático.

Compiten con los más exactos y pintorescos los cuadros de Eduardo Ruiz, descripción de Pátzcuaro, su lago y las ruinas de Huihuatzio. Sebastián Segura firma estimables traducciones de parábolas de Krummacher, de la *Canción de la Campana*, de Schiller; *El sueño de Caín, El buen pastor, El buzo, El guante, La joven forastera y Fantasia fúnebre*.

Como sería demasiado largo entrar en mayores detalles, habremos de contentarnos con saber que en otras páginas de *El Renacimiento* figuran los autores y composiciones en prosa ó verso siguientes: Valentín Uthink, *Origen de la imprenta, Curiosidades bibliográficas*; Rafael Zayas Enríquez, *Joanisberg, La Jarocha, Rocio de primavera, La maldición del bardo*; Manuel Acuña, *Ya verás, Ya sé por qué es*, doloras; José María Bandera, *La Luna, Ayer y hoy, Amalia, A mi hija Olimpia, Oración del Huerto, Religión Cristiana y Su serenata*; Casi-

miro del Collado, *Jesús, Vehemencia*; Alfredo Chavero, *Oda al Dante*; Antonio Domínguez, *La caza de amor*; Esteban González Verástegui, *La coqueta y la abeja, La tertulia de los animales*, apólogos escritos con mucho ingenio y gracia; Ricardo Ituarte, *El León* y una traducción de *El lago*, de Lamartine; Martín Jáuregui, *Mi corazón y mi alma, A Victor Hugo en la muerte de su hijo*; Ignacio Mariscal, *El cuervo*, de Edgar A. Poe, traducción de muchísimo mérito por lo castizo del lenguaje, por lo fácil de la versificación y por la exactitud con que conserva las ideas y aun los giros propios del original: Juan A. Mateos, *La flor del jazmín, Rosas hermanas*; Ignacio Montes de Oca, *Niobe, y La fiebre á bordo*, sonetos espléndidamente bellos, dignos de poeta tan egregio; Julián Montiel, *El Salto de San Antón en Cuernavaca, Recuerdos de la Niñez*; Manuel Olaguibel, *Mi tumba, Glosa de una copla de Jorge Manrique*; Guillermo Prieto, *En su jardín. Un baile*; José Rosas, el dulce y amable amigo de los niños, *En la tumba de Juan Valle, Moisés en el Nilo, A Elisa*; Alfredo Torroella, *La balada de los desterrados*; Francisco Villalobos, *El amor muerto*; Juan Clemente Zenea, *En el mar, y Degradación*; Ignacio Cornejo, sus muy curiosas *Efemérides mexicanas*; Emilio Rey, su novela *Amor de Angel*, y otros varios con diversas recomendables composiciones.

Los dos tomos de *El Renacimiento* están ilustrados con buenas estampas litográficas representando *Antigüedades de Jonuta*; las *Cascadas de Tivoli*; *Heidelberg* y su *Gran Tonel*; la *Cascada de Tizapam*; el *Puente de Santa Cruz* en el ramal férreo de Puebla; *Jalapa*; la *Cascada de Regla*; el desastre ocurrido el 17 de Junio en la línea del Ferrocarril de Veracruz, en el punto llamado la *Barranca del Muerto*; el *Puente de Metlac*; el desastre á su turno acontecido en el Ferrocarril de Tlálpam, llamado por sus frecuentes descarrilamientos y por lo mucho que de él hacía hablar, *La Burra de Balaam*, apenas trascurrido un mes de la catástrofe de la *Barranca del Muerto*; el *Volcán de Colima* en erupción; un cenador del Tivoli de San Cosme, llamado *El Robinsón*; *Cuernavaca*; retratos de *Carlos Dickens, Vidal Alcocer*, ilustre propagador de la instrucción pública y fundador de las escuelas de la Sociedad de Beneficencia; *Manuel López Cotulla*, apóstol jalisciense de la civilización; *Fernando Orozco*, distinguido autor de la bellísima novela *Guerra de Treinta años*; *Rafael Roa Bárcena*, autor de notables obras de abogacía y de las amenas *Cartas á Josefina*, vulgarizando los fenómenos y bellezas físicas, los secretos de artes y mecánica y los preceptos de la más sana moral; *Hernán Cortés*; *Melesio Morales*; *Lamartine*; *Carolina Civili*; *Castelar*; *Florencio M. del Castillo*, inmortalizado por sus bellísimas leyendas *El cerebro y el corazón*, *La Corona de Azucenas*, *Hasta el cielo* y *La Hermana de los Angeles*, que le han valido el ser llamado el Balzac de México.

En el mismo periódico literario publicó Justo Sierra su novela *El*

Angel del Porvenir, que no se encuentra en ninguno de los dos tomos por haberse impreso en pliegos separados para facilitar su encuadernación independiente, y el Maestro Ignacio Altamirano dió también allí al público su interesante novela *Clemencia* que, como vulgarmente se dice, cierra con broche de oro aquel importantísimo semanario de literatura, al que unieron sus nombres, por sus esfuerzos y empeño en sostenerle, los entendidos editores mexicanos Díaz de León y White.

La última lámina litográfica del *Renacimiento*, dió el retrato del insigne escritor y periodista D. Francisco Zarco, muerto en México á las 6 y media de la mañana del 22 de Diciembre de 1869, con duelo general, unánime, de cuantos en él admiraron al verdadero patriota, al sincero liberal, al incomparable periodista y al distinguidísimo literato.

Sin duda podrán producirse mejores semanarios de literatura que *El Renacimiento*, cuando México cuente con mejores hombres de letras que los fundadores y mantenedores de aquél; pero hasta hoy ninguno le ha superado, ni en la cantidad de firmas distinguidas, ni en la calidad de los escritos, casi en su totalidad esencialmente nacionales y suscritos por hombres de todos los campos políticos, desde aquel que produce obispos, hasta aquel en que han desplegado su fanatismo liberal, no menos dañoso que el retrógrado, los libre-pensadores.

El Renacimiento fué un verdaderamente neutral palenque en que desplegaron sus opuestas divisas y sus contrarios colores, los paladines de todas las comuniones políticas y religiosas, para retirarse, una vez terminadas las justas, todos amigos y todos satisfechos de haber, en la medida de sus fuerzas, fomentado la literatura y hecho honor á la patria.

CAPITULO VIII

1870.

Al dar principio el año de 1870, trabajaban con varia fortuna, en el Teatro Hidalgo, una modestísima Compañía Dramática; en el de Iturbide la de Juan Martínez, Felipe Ríos y Sofía Calderón, hija del ilustre poeta autor de *El Torneo*; en el Circo Chiarini, los acróbatas dirigidos por José Camilo Rodríguez y los hermanos Buyslai, y en el Nacional, el muy estimable cuadro de Eduardo González. Todos ellos